

Luis Alberto Acuña

Introducción al estudio del arte precolombino



UMPLIASE la alta Edad Media en Europa, esa edad tan sin razón tenida por obscura, cuando en esta parte del mundo, desde la tierra de los iroqueses norteños hasta el meridional país de los araucos desarrollábase una cultura de tantos alcances que hoy, gracias a nuestro moderno concepto y no obstante al occidentalismo de nuestra mentalidad, la hallamos admirable y digna del más fervoroso estudio. Porque bien poco será lo que en la actualidad nos merezca a los indoamericanos tanta atención como cuanto atañe al conocimiento de los pueblos precolombinos. Pueblos numerosísimos, en su mayor parte dedicados a la agricultura, al misticismo y a las artes, pacíficos unos, guerreros otros y de muy desemejante idiosincrasia.

Parece como si allá en tiempos anteriores a toda memoria hubiesen sido estos continentes de América lugar de cita de emigraciones occidentales y orientales procedentes unas del mar Mediterráneo, incubador constante de grandes culturas, viniendo las otras del oriente mongólico. Entonces toda la maravilla de un mundo virgen sirvió de tálamo en el maridaje del Oriente con el Occidente, de los de aquí venidos merced a circunstancias fortuitas como las corrientes marinas, y de los que acaso buscaban en un oriente aun más remoto la fantástica comarca de

Fu-Sang. ¿O quizá fuera del indio americano, fruto del mestizaje de los sobrevivientes de la Atlántida legendaria como los emigrantes chino-japoneses? En todo caso, se impone como una verdad la presencia en nuestro suelo del elemento mongol, que de su paso fué dejando pruebas incontrovertibles al fundir su sangre con la de los nativos y al grabar en algunos petroglifos las señales de un éxodo cumplido.

Si las analogías entre las características esenciales del arte de los distintos pueblos de la tierra probara algo en lo tocante a precedencias, nosotros, desde la humildad de nuestro criterio, no vacilaríamos en afirmar que fué del Japón y la península indo-china de donde procedieron aquellas migraciones: igual fuerza extraña y monumental informa sus construcciones arquitectónicas, idéntica vida interior anima las imágenes sagradas de unos y otros pueblos, igual frialdad hierática, igual recogimiento místico—casi siempre tocando de grotesco—la misma prolijidad y riqueza luce la decoración atormentada. Tonkin, Anam, Cambodge y la Birmania, de aquel lado, de por medio un mar con sus vientos y corrientes de propicia comunicación, dos continentes de esta parte, tendidos a lo largo como un par de sirenas en espera de aquellos nautas alucinados. El fruto etnológico del cruzamiento fué esta raza de hombres enigmáticos, de carnes obscuras, color de canela, anchas espaldas, agresivos pómulos, cabellos negros y lacios, falta casi absoluta de barbas y ojos taciturnos y adormilados, cuando no maliciosos y ladinos, tal era el indio, señor absoluto de estas tierras y dueño de sus destinos.

Con el correr de las centurias, al calor de las instituciones religiosas y civiles, iban naciendo las culturas y se iba cumpliendo el sagrado mandato, porque aquellas tribus crecían y se multiplicaban, poblando literalmente todo un mundo.

Los grandes ríos, los que maravillan al hombre con la fantasía del espejismo, los que le brindan la facilidad de la comunicación y el exquisito manjar de los peces, los que arrastran el

oro dejándolo confundido con las arenas de los playones, fueron asiento de aquellas tribus en éxodo. Y lo fué también el frescor y la umbría de los grandes bosques perennes. Pero más que los bosques y los ríos, el indio amó los valles por más hospitalarios, risueños y feraces; de ellos salieron los pueblos, erigidos en naciones, con costumbres, leyes y creencias, ornados y caracterizados por sus propias e inconfundibles civilizaciones. Y como cabal expresión del grado de cultura por ellos alcanzado como suma de progreso moral y material, aquellos pueblos iban plasmando su arte, hijo de su religión y demás necesidades del espíritu. Pues una vez instalada la grey en medio del ambiente climatérico propicio y en favorables condiciones de topografía, cuando el filo de las macanas y los dardos mortales ponían a raya a la tribu enemiga, cuando el agro rendía a la cosecha, cuando acrecían en la paz rural los caseríos y se centuplicaban las labranzas, el indio, satisfechas sus inmediatas necesidades, buscaba en la arcilla, la piedra, la madera y los metales el material adecuado para esculpir los objetos de su idolatría, las representaciones de sus divinidades y los ex votos con que éstas debían propiciarse. Fué así, como el precolombino, en alas del innato sentido religioso, admirando lo bello y adorando lo extraordinario, fué adentrándose en el mundo del arte poblado para él de mil revelaciones y maravillas.

Ilustrados en sus estudios los americanistas por los datos históricos que aparecen en las crónicas de la Colonia y la Conquista, en relatos hazañosos y fantásticos, han sido las deducciones, cuando no las divagaciones y conjeturas, frecuentes auxiliares para el conocimiento de los pueblos que nos ocupan. Siempre será en estudios semejantes, la arqueología la que mejor nos valga con sus luces. Hoy podemos gracias a ella, y a los descubrimientos hechos, que son numerosísimos, justipreciar, distinguir, comparar y localizar las varias culturas indígenas. Intentando enumerarlas en una ordenación de norte a sur tendremos: primero, la civilización azteca en México, y con ella

la de los tarascos de Michoacán y la de los mixtecozapotecas en Oajaca; viene luego la de los mayas quinchés en Yucatán, hasta Guatemala y una parte de Honduras; sígueles la que podríamos llamar civilización centroamericana en Nicaragua, Salvador, Costa Rica y la de los taínos en las Antillas y continúa con la de los chiriquies del noroeste del Istmo de Panamá. En Colombia representan esta cultura las tribus quimbayas, los agustianos y los chibchas; en el Ecuador, los quillacingas que habitaban en la región fronteriza con Colombia, los esmeraldas y caraques; tras ellos venían las grandes civilizaciones peruanas de los chimus o yuncas en la región del norte; la de los icas y nazcas al centro y al sur, respectivamente, y sobre la costa del Pacífico; la de los aimarás en la meseta boliviana y la quechua con las incas en el Cuzco. Por último estaban los diaguitas o calchaquies pobladores de la región de Cajamarca en la Argentina. Es curioso observar cómo estas civilizaciones se desarrollaron hacia el occidente de las Américas, dentro de los límites de las actuales repúblicas de México y Chile; las tribus orientales ocupantes de las praderas norteamericanas, igual que las pobladoras de las selvas del Brasil y las pampas argentinas, jamás salieron de la barbarie. Y aun cuando más al norte, allá en tierra que luego colonizaron los anglosajones y franceses, se encontraron algunas tribus de importancia como los pueblos, los iroqueses y los pieles rojas, sus civilizaciones eran como las de los guaraníes y demás tribus de las regiones del Chaco, inferiores a las de los primitivos habitantes de la América Española. Fue pues, la precolombina una civilización tropical y esencialmente andina en la América del Sur.

Aunque tenían leyes divinas y humanas que guardaban; aunque practicaban la agricultura con esmero; aunque vivían en estados organizados bajo jefes poderosos que habitaban ciudades, que contaban millones y mandaban ejércitos; aunque conocían y trabajaban—a excepción del hierro— todos los metales y ciertas piedras preciosas y no obstante saber algunos entre ellos

leer y escribir, como los mayas, y usar del calendario, como los aztecas, navegar como los caribes y domesticar los animales como los quechuas, nada encontramos en ellos tan admirable como las formas artísticas que inventaron y reprodujeron.

Manejó el indio todas las artes nobles, así las fonéticas como las llamadas plásticas u ópticas, y al servicio de ellas puso sus grandes condiciones de soñador, intuitivo y sentimental. En sus manos tomaron traza geométrica los sillares que en Cuzco, Michoacán y Chinchen-Itza estructuraron la más angulosa arquitectura y la de más agresiva imponencia. Al golpe del guijarro negro y los cinceles de cobre, entallaron en la piedra calcárea, el basalto y el granito, la forma esquematizada y rígida de múltiples divinidades, adoleciendo estas estatuas de imperfecciones, debidas a la deficiencia de la herramienta y a la dureza de las materias esculpidas; pero la intención decorativa, la plasticidad y clara composición de los relieves, la severidad de las figuras de bulto y la ley de la frontalidad que la rige, constituía un grande acierto de aquel arte, siendo digno de notarse que estas mismas cualidades son distintivo de la escultura decorativa contemporánea. Del mismo modo que en Egipto y Mesopotamia, los precolombinos tuvieron su arte rupestre representado por grandes figuras humanas talladas en la roca o por los amontonamientos de tierra en forma de animales, conocidos con el nombre de mounds, practicados por los primeros habitantes de las cuencas de los ríos Misisipí y Colorado. En punto de escultura, fueron las más remotas civilizaciones las que nos legaron las mejores muestras de estatuaria monumental; en orden de mérito, citaremos a los mayas de Yucatán, a los de Guatemala y a la desaparecida nación de los agustianos que floreció con gran cultura en el corazón mismo de Colombia.

La pintura mural, así como la pequeña y meticulosa de la enluminura, fué practicada por los aztecas, quienes también supieron incrustar las turquesas y el nácar en la hechura de máscaras y otros artefactos. Las artes textiles trabajáronse con sin-

gular esmero, distinguiéndose por la calidad del tejido, la belleza del tinte y el ingenio de los motivos que decoran las telas, los pueblos mexicanos, chibchas e incas, estos últimos los mejores tintoreros de toda América. Pero más que arquitectos o pintores, que escultores, tejedores o mosaístas, los precolombinos fueron orfebres y ceramistas a cabalidad, porque en estas lindas artes de la orfebrería y la cerámica pudieron lucir toda la inventiva y fantasía de que estaban, por naturaleza, bellamente dotados.

La arcilla humilde y deleznable fué la materia que mejor tradujo la mentalidad y sensibilidad estéticas del indio, su hondo y callado afán de perfecciones, su objetividad de la realidad ambiente y su fantasía desenfrenada y pletórica. Aunque él jamás usó del torno de alfarería, por desconocerlo a la caricia de sus dedos tan expertos como sus ojos en la confección de simetrías y rotundeces, el barro, de burdo e informe, se iba tornando delicado, ágil, exquisito, en urnas e imágenes, en ánforas y aríbaros, o en orzas, escudillas, tazas y otros cacharros familiares, aluciados por el frote, embellecidos por la policromía y eternizados por las calorías de un rústico hornillo primitivo o de la fogata circular prendida en campo abierto. Sin excepción, todos los pueblos de América prehistórica fueron ceramistas y el estudio de ese arte nos suministra una cantidad inagotable de documentos, tan variados y preciosos que mejores no cabe imaginarlos.

A la cabeza del florecimiento de la cerámica precolombina cumple poner el muy antiguo pueblo de los chimus, localizados, como ya lo dijimos, en el norte del territorio peruano, en la región de Trujillo. Las formas de los vasos por ellos creados varía hasta lo infinito; antropomorfos unos, representaban cabezas humanas, que diríanse ser caricaturas, según tienen ciertos rasgos faciales acusados hasta la exageración; otros, con caras que gesticulan, son verdaderos modelos del arte expresionista y algunos, muy escasos por cierto, pueden tenerse por retratos, has-

ta tal punto la observación e individualización se manifiesta en estas obras maestras del modelado en arcilla. En una época posterior, quizá hacia fines del siglo XII, estos mismos chimus produjeron su llamada cerámica negra, zoomorfa, en la fabricación de vasos y especialmente de instrumentos de música que afectan la forma de monos, sapos, loros, peces, etc.; nos interesa especialmente esta cerámica por las grandes influencias que revela sobre la que hicieron las tribus quimbayas colombianas, tribus muy adelantadas en el trabajo del barro, por lo cual ocupan el tercer lugar, y ya es mucho decir, entre las culturas artísticas americanas, correspondiéndoles el segundo al pujante pueblo de los mexicanos. Igual lugar ocupan los aztecas, en punto a metalurgia, pues conocieron y trabajaron con gran perfección el oro y la plata, el cobre, el estaño y el latón, el zinc y el plomo; redujéronlos por el martillo o la fusión, y usando de las aleaciones, fabricáronse armas, utensilios y joyas. Muy pocos ejemplares de la metalurgia y en especial de la orfebrería mexicana conocemos hoy, pues la conquista española, demasiado brutal, redujo a meros lingotes la lindeza de las joyas que en sus manos cayeron. En este punto justo es hacer una excepción brillantísima en la persona de Hernán Cortés, quien en una carta a su señor Carlos V así opinaba de los orfebres indígenas: «fuéronme presentadas asimismo unas obras de orfebrería y platería tan preciosas, que oponiéndome yo a que fuesen fundidas, las tomé por más de cien mil ducados para poderlas ofrendar a vuestra alteza imperial. Son estos objetos de una extremada belleza y llego a dudar que jamás príncipe alguno sobre la tierra los haya poseído semejantes». Cuando Alberto Durero, en su viaje a Flandes, pasó por Amberes, tuvo ocasión de ver algunas de estas joyas y en su diario íntimo expresó su emoción delante de un sol de oro y de una luna de plata, cada pieza de un diámetro aproximado de dos metros, y escribió de esta manera: «Nada he visto en los días de mi vida que más me haya alegrado el corazón, que estas incomparables maravillas».

Pero los mejores orfebres de América fueron sin duda los quimbayas de Colombia; ellos llevaron la palma por la manera de fundir, soldar y repujar, arte que aprendieron de los mexicanos (quizá de los totonacas) cuya influencia es harto notoria en la metalurgia del resto del continente.

También entre las tribus antillanas hubo buenos orfebres, así como entre los indígenas del Ecuador, quienes conocieron y trabajaron, además del oro y la plata, el platino en aleaciones; pero sólo los peruanos llegaron a rivalizar cumplidamente la alta orfebrería de mexicanos y quimbayas.

Imcompletas por extremo juzgaríamos las reseñas que en esta parte de nuestro ensayo dejamos consignadas si no nos refiriéramos en ellas, con el detenimiento que nos sea posible, a la manera como el indio expresó en las artes fonéticas—música y poesía—su sentido de la belleza, su capacidad emocional y creadora. Fué en la forma más pura de la música, en la instrumental, en la que el indio tradujo mejor su honda tristeza congénita. Esta circunstancia, la de las muy escasas aportaciones de la música indígena a los estudios americanistas y el tener presente la luminosa definición que de arte tan sublime nos dejó Schopenhauer, excitan nuestro entusiasmo al ocuparnos del sentido musical de los indígenas. Así dijo el filósofo: «Expresa la música los más profundos secretos de la sensibilidad humana, da voz a las sordas agitaciones de nuestro ser y ahonda en la íntima naturaleza del hombre y de las cosas».

Aunque silencioso por naturaleza, pocos pueblos habrá sobre la tierra tan aficionados a músicas como los indios de entrambas Américas, cuyos espíritus están henchidos de polifonías al contacto de los múltiples motivos inspiradores de las bellezas andinas, de la paz y la dulzura de sus valles solemnes y del profundo misterio de sus lagos sagrados.

De las guacas o sepulcros, que es donde a diario sale la luz que esclarece la prehistoria americana, se han desenterrado multitud de instrumentos musicales; cantantes unos como la quena,

el camó, la chirimía y la marimba; acompañantes otros como el tamtam o tambor de madera, el sistro y la maraca. Fueron sus melodías predilectas aires polirrítmicos, generalmente acomodados al modo mayor, bien modulados y de soñadora melancolía.

Según se deduce de las crónicas, los pueblos que a la llegada de los conquistadores mostraron mayor adelanto musical, fueron los del Alto Perú, en la región de Tiahuanaco, los de Cuzco, Panamá y Guatemala, por el cuidado con que cultivaban tal arte y por la belleza y calidad de los aires por ellos ejecutados, instrumentados y compuestos. El último de los pueblos precitados, el de los guatemaltecos, íntimamente emparentado con las mayas y partícipe de su formidable cultura, demostró ser pueblo de guerreros tan indomables como de músicos exquisitamente sentimentales. Y fué a esta condición suya muy característica a la que debieron su anexión pacífica a los dominios españoles los nativos de aquella parte de Guatemala que por ese mismo hecho vino a llamarse Vera Paz. Habitábanla los indios quichés, quienes rechazaron con sin igual bravura las intentonas de los conquistadores. Entonces el padre Las Casas, formidable conquistador de almas, pidió y obtuvo del rey de España permiso para intentar la conquista pacífica por él preconizada desde varios años atrás y sobre la cual había escrito un tratado ejemplar. Fue su primer cuidado traducir al idioma del país los principales misterios del dogma cristiano arreglados en forma de himnos para ser cantados según melodías populares de aquella región. Cuatro monjes fueron enviados a Rabinal, asiento de aquellas tribus indómitas; acompañaban a los religiosos algunos indios músicos y cantores, ya catequizados y al servicio de los dominicos. Llegados al pueblo en día de fiesta, pusieronse a cantar en medio de la plaza las nuevas cánticas con tan buen éxito que pronto se vieron rodeados por numeroso gentío que los escuchaba embelesado; entre ellos estaba el cacique del lugar, quien pidió que le fueran explicados los significados de tan hermosos himnos. Aprovechando la ocasión los misioneros, en pré-

dica elocuente, manifestaron al señor y a sus vasallos el sentido de las canciones, el carácter de su misión pacífica y su deseo de instruirlos en la verdadera religión y en una cultura superior. Y como con el tiempo continuaran representaciones semejantes, coreando y aprendiendo el pueblo las canciones y prestando oído a las explicaciones de los monjes, fué aquel valle de Rabinal, líricamente conquistado, trocándose, sin darse cuenta, de aguerrido e idólatra, en pacífico y cristiano. De aquí el nombre de Vera Paz, es decir, verdadera paz; y este ejemplo por hermoso, insólito y poco conocido, bien merece ser traído a cuento en casos como éste en que nos referimos a la sensibilidad musical de nuestros aborígenes.

En el brillante imperio de los incas donde todas las nobles manifestaciones del espíritu tuvieron cabida, fue la música la más popular entre las artes; sin igualar el esplendor de la cerámica ni aun al de la orfebrería. Aun en nuestros tiempos, en los que aquellos cholos nada conservan de su antigua y justamente celebrada habilidad como tetalúrgicos o como modeladores de arcilla, aun tañen sus quenas con tal dulzura y desgarrado acento que sólo les encontraremos semejantes en las ensoñaciones musicales del Oriente. Por la quena hablaba el indio; y, a propósito, oigamos a Garcilaso de la Vega, descendiente por su madre de la casta real de los Incas, quien en sus Comentarios así habla de aquellos flautistas, en su vieja prosa tocada de romance:

«Los tañedores eran indios enseñados para dar Música al Rey, y a los Señores de Vasallos que con ser tan rústica la música, no era común, sino que la aprendían, y alcanzaban con su trabajo. Tuvieron flautas de cuatro o cinco puntos, como las de los Pastores; no las tenían juntas en consonancia, sino cada una de por sí, porque no las supieron concertar; por ellas tañían sus cantares, compuestos en verso medido, los cuales, por la mayor parte, eran de pasiones amorosas, ya de placer, ya de pesar, ya de favores o desfavores de la Dama.

Cada canción tenía su tonada, conocida por sí, y no podían decir dos canciones diferentes por una tonada; y esto era, porque el galán enamorado, dando música de noche con su flauta, por la tonada que tenía, decía a la dama, y a todo el mundo el contento, o descontento de su ánimo, conforme al favor o desfavor que se le hacía, de manera que se puede decir que hablaba por la flauta. Un español topó una noche, a deshora, en Cuzco una india que lo conocía, y queriendo volverla a su posada, le dijo la india: Señor, déjeme ir donde voy; sábete que aquella flauta que oyes en aquel otero, me llama con mucha pasión y ternura, de manera, que me fuerza ir allá; déjame por tu vida, que no puedo dejar de ir, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer, y él mi marido».

Una bien sostenida tradición musical entre algunos pueblos de América de marcado carácter indígena, ha hecho llegar hasta nosotros ciertas tonadas de remota y auténtica inspiración india como los aires que en el Perú se llaman yaravíes, y semejantes a éstos los que en Colombia son fruto perenne del sentimiento popular, tales el guatecano boyacense o la guabina santandereana de sentido y belleza inigualados.

Entendemos que la más grande laguna, entre las muchas que perturban los estudios americanistas, se refiere a la música de nuestros pueblos, y a la precolombina especialmente. Sin duda que tal deficiencia se debe a que el indio no tuvo manera de fijar y conservar en partituras sus genuinas creaciones musicales. Pero el espíritu que las creó, el sentimiento que les dió forma y los motivos que las inspiraron, aún viven y se mueven dentro de nuestro ambiente actual. Gracias a circunstancia tan propicia, no parece imposible reconstruir alguna de las evocadoras músicas de antaño.

Colombia, 1935.